

CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA

*Este número
contiene*



UN REPORTAJE DE
LESTER ZIFFREN



UN CUENTO DE
ANTONIO PORRAS



UNA CRONICA
ILUSTRADA DE SANCHA



UN SONETO DE
PEDRO DE REPIDE



LA EXPOSICION "BILLIKEN"
POR E. B. A.



UN REPORTAJE DE
E. AVILES RAMIREZ

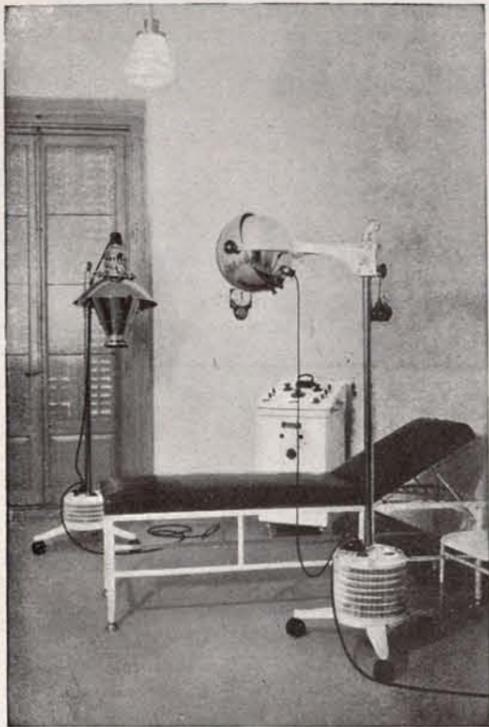


20 CENTIMOS

F O T O D E A N G E L A R A C I L

"HERMES"

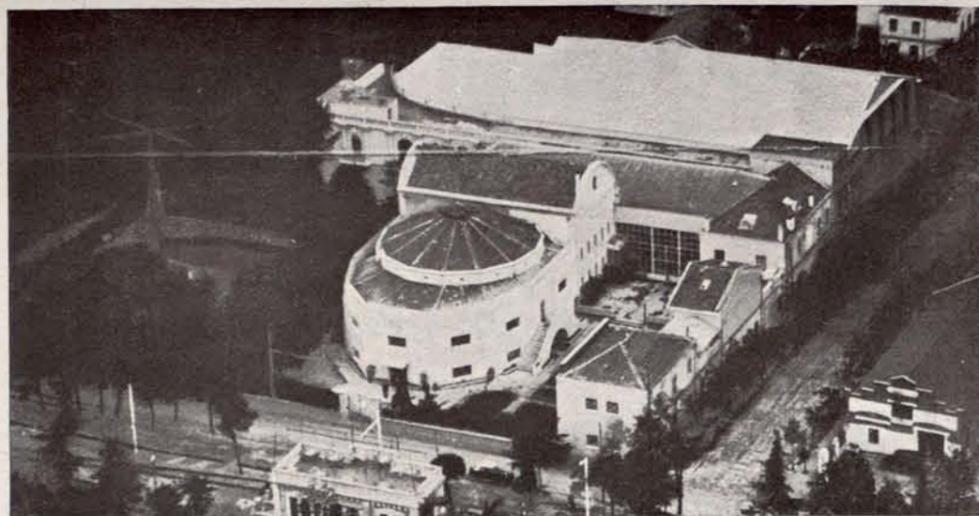
MUTUALIDAD INDUSTRIAL Y MERCANTIL DE
SEGURO CONTRA ACCIDENTES DEL TRABAJO



Vista de la Sala de Electricidad Médica del Consultorio de "Hermes"

Marqués de Valdeiglesias, 8

TELEFONOS { Oficina: 27916-17
Dirección: 27914
Clínica: 27915



LOS ESTUDIOS de la CEA en CIUDAD LINEAL

han producido en su primer año de actividad cinematográfica **OCHO GRANDES PELÍCULAS**: «El Agua en el suelo», «La traviesa molinera» (en tres versiones: español, francés e inglés), «Una semana de felicidad», «La Dolorosa», «Crisis mundial», «Vidas rotas» y «La bien pagada», más numerosos films de corto metraje, documentales, culturales, de propaganda, etc., y gran cantidad de sincronizaciones y doblajes de películas mundialmente célebres ♦ En junto, cerca de **CUARENTA FILMS** al terminar el año.

Los **ESTUDIOS DE LA CEA** están equipados con aparatos de sonido Tobis-klang film y cámaras Super-Parvo y Eclair, uno de los cuales va montado sobre dos magníficos camiones para exteriores sonoros.

La producción que se prepara para el año próximo excederá en mucho a la ya realizada, para lo cual se está construyendo un nuevo Estudio.



Cinematografía Española Americana
S. A.:

Oficinas: Barquillo, núm. 10.—Teléfono 16063
Estudios: Arturo Soria, núm. 350.—Teléfono-
núms. 53287 - 61329 - 61838



COÑAC DOMECQ

AMONTILLADO DOMECQ

PEDRO DOMECQ

JEREZ DE LA FRONTERA

CIVIDAD HOY...

4 MAY 2009

12-5665



Director: VICTOR DE LA SERNA

Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:

PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID

Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II.

20 de Marzo de 1935

Núm. 13

EL AMOR DE HERMINIA, MI AMANTE, es un cuento contemporáneo que firma Felipe Morales Rollán. Al decir contemporáneo, fijamos la filiación de su autor y la dirección de su estética: prosa ágil, un poco arbitrario el relato, e intromisión, no exenta de humorismo de buena ley, de lecturas y sucesos que se enlazan con naturalidad a lo íntimo de la anécdota.

—Diego San José, que tantísimo sabe de estas cosas, nos recuerda, con motivo del Centenario del Romanticismo, que por estos días hace un siglo se estrenó el DON ALVARO O LA FUERZA DEL SINO; en cierto modo, nuestro «Hernani» cronológico. Si no nos equivocamos, es CIUDAD, por medio de la pluma de su ilustre colaborador, la primera publicación periódica donde este hecho se consigna.

—LA ESQUINA es una glosa de la ciudad, que firma Clemente Cimorra, buen conocedor de sus intrínquilis, a lo que se advierte en esta prosa avezada y de finos matices.

—Con un artículo titulado: ¿SUFRIMOS UNA CRISIS ECONOMICA O UN ATASCAMIENTO DE RIQUEZAS?, se incorpora a la colaboración de CIUDAD Isafas Taboas; gran estudioso de estos apasionantes temas, los trata dentro de un propósito de divulgación para ser fácilmente entendidos por todos. Colaborará asiduamente en estas páginas, y con ello añadiremos un rasgo más a nuestro propósito de traer a esta publicación temas totalitarios de nuestro tiempo, dentro de una norma general de cultural.

—«Hesperia» firma una nota de arte sobre Rosario Velasco, e ilustra con varias muestras fotográficas su breve discurso acerca de la exquisita pintora.

—DE MALAGA A MADRID EN VEINTICUATRO HORAS... Tratándose de Málaga, no hay más remedio que esperar la firma de Sancha, quien continúa desentrañando sus recuerdos de niñez malagueña con gracia literaria y plástica—prosa y dibujo—de excelente calidad.

Don Pedro de Répide,
autor del soneto que
publicamos en este
número.



—Miguel Pérez Ferrero, con su breve ensayo DON QUIJOTE EN FRANCIA Y EN ESPAÑA, y las subsiguientes noticias bibliográficas, continúa dándonos razón de las existencias, trasiegos y novedades de «Las letras y su mundo», sección que le ha sido encomendada por CIUDAD, y que este escritor atenderá, dos veces por mes, con su maestría y objetividad reconocida.

—Luis Méndez Herrera, otro nuevo colaborador, cronista oficial de la ciudad de Jaén y, sin embargo, muy excelente escritor y muy de nuestra época, inicia sus publicaciones en este cuaderno con un bello artículo, titulado POR TIERRAS DE JAEN.

SEVILLA-NUEVA YORK, un cuento andaluz al estilo clásico—clásico de los cuentos andaluces, se entiende—, que firma Carlos Boronat.

—E. B. A. esconde tras el pudor de las iniciales un comentario apresurado acerca de la exposición de estampas que en este momento celebra en Bellas Artes nuestro compañero Ramón Muñiz Lavalle, con gran éxito, por cierto.

—Maese Buscón apela a nuestro testimonio para que digamos aquí que sus MOTIVOS DE LA CIUDAD se entregan a la imprenta el viernes. Certificado queda, es cierto. Lo dice en previsión de que uno de los temas que trata esta semana—«El reloj epiléptico»—pueda encontrarse demasiado parecido a un suelto que publica «El Debate» del domingo sobre el mismo asunto. Por si las moscas...

LA SEMANA

La primavera de 1935

LA primavera se anuncia con albas marciales. Rojas albas, pues. De la tierra en que a la primavera se le dedican mayores ternezas ha salido de pronto una piedra que ha ido a dar en la superficie quieta del lago de la paz. El espléndido e inútil montaje de Ginebra ha saltado hecho añicos. Andan recogiendo los restos unos buenos señores enlevitados y con gafas de oro. Y con unas grandes carteras de cuero, en las que se decía que guardaban papeles muy importantes para la paz del Mundo, pero que se ha averiguado que guardaban unos «sandwichs» de ese jamón cocido que no hace daño a los diabéticos.

Han empezado a ametrallarse las cancillerías con notas diplomáticas. La gente empieza a temblar con el recuerdo de otros días como éstos en que un metrallero de notas se convirtió, de la noche a la mañana—terrible noche y trágica mañana—, en un bombardeo cuya memoria aún sonroja a la Humanidad.

Pidamos al Dios de la Paz, al que nos la dejó como prenda de su paso sobre la Tierra, hecho hombre, que este color marcial de la primavera de 1935 se trueque en cándido color.

«La Niña Boba»

MARÍA Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza en un teatro de la Gran Vía. «La Niña Boba» en escena. ¿Estamos en los días de 1910? ¿No ha pasado un cuarto de siglo? Ha pasado, efectivamente. Pero como si no. Quien tiene por juro de heredad y por imperio de la sangre el secreto señorial del bien andar por el mundo, la altísima dignidad del arte y el gusto, enciende de nuevo el recuerdo de los días mejores, actualiza el pasado y coloca el presente sobre el paisaje de la Historia.

Pero, ¡ay! Esta pareja de muchachos inteligentes y artistas pueden tener en sus manos el antiguo secreto. Pueden oficiar con elegancia y respeto en la vieja ara de la

poética dramática. Pero ¿quién les hará el coro? Nadie. Porque las cien personas que seguimos con angustia la carrera de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza mozos no somos nadie. La gente que da dinero es la que va a ver esas comedias ñoñas, todas iguales, todas igualmente malas, en que, indefectiblemente, una solterona andaluza muy guapota y buena moza, que mantiene a su madre y a su hermano calavera, se casa con un señor maduro que paga las trampas del hermano golfo. También es gente la que va a aplaudir a esa especie horrenda de histriones que destronan la pobre poesía española vociferándola, cantándola con música de fandanguillos por los tablados, y haciendo llorar a las señoras menopáusicas.

¡Pobre teatro español! ¡Pobre «Niña Boba»! ¡Pobre Lope de Vega!

Si del espectáculo que ofrece el teatro Fontalba, sin gente, no sale ahora la creación del teatro nacional subvencionado por el Estado, no saldrá ya nunca.

La exposición «Billiken»

NUUESTRO «Chuchumeco», el Benjamín de CIUDAD, ha inaugurado una exposición de sus cuadros en el Círculo de Bellas Artes. Supongo que mis lectores me agradecerán un pequeño «sketch» de la persona de «Chuchumeco», como llaman sus íntimos a Ramón B. Muñiz Lavalle.

Muñiz ha dado su primera vuelta al mundo a los veinte años. Perteneció a una familia patricia y fundadora de la mayor ciudad de lengua castellana: Buenos Aires. Pinta, escribe, boxea, juega al «rugby», es piloto aviador, tiene un alma simple de niño, trabaja infatigablemente, llora por amor, desprecia la fortuna, no conoce el miedo ni ha creído jamás hallarse en peligro. Lo mismo le da hacer una información de guerra en Manchuria, que dirigir un film en Hollywood, que pasarse los días en la imprenta confeccionando CIUDAD. Es un magnífico «crío» con la mejor sangre de patricios españoles en las venas y con un sentido primitivo de la vida. Es un Quijote rubio que arremete contra todas las injusticias con un ardor de caballero

andante; que dice siempre la verdad, dulce o amarga, y que se juega una situación brillante cien veces por servir a la justicia.

Los que le conocemos bien, solemos decirle: «Cuando seas Presidente de la República Argentina...» Y él se ríe como un bendito, contesta una de esas deliciosas frases porteñas y rompe a cantar una canción en japonés.

Ahí están sus cuadros, maravillosas viñetas recogidas bajo cien meridianos, con una gracia sorprendente. Porque la gracia, en el sentido clásico de la palabra, es la categoría dominante de este espíritu cándido y valiente que se muere de impaciencias en el cuerpo espigado de nuestro «Chuchumeco».

Una carta

NO suelen recibir cartas los periodistas. Digan ustedes que esas «numerosas cartas» que se reciben en la redacción de los periódicos son pura filfa. Así, pues, yo me veré muy comprometido, después de esta declaración, para demostrar que efectivamente he recibido una carta. Es de un viajero de autobús, y me denuesta. Dice que soy hombre injusto, y esto me deja desolado. Bastante tenía yo con que un historiador de la nueva literatura me llame, en un largo capítulo de un famoso diccionario enciclopédico, «inconforme y atrabiliario escritor». Bastante tenía, para que ahora me llamen injusto.

Dispuesto a reparar este estropicio, declaro que el servicio de autobuses me parece, como servicio, tan malo o peor que el de tranvías, y estoy conforme con mi correspondencia en que es intolerable que en una ciudad de un millón de habitantes no haya servicio de autobuses a partir de las primerísimas horas de la noche. Declaro igualmente que los autobuses de Madrid, como unidades dedicadas a la traslación del semoviente humano, me parecen magníficos. Como conjunto dedicado a ejercer una función traslativa, son malos.

Espero que mi comunicante me retirará el inquietante calificativo de «injusto», que es motivo de grandes claros en mis noches.

MOTIVOS DE LA CIUDAD

POR MAESE BUSCON

El reloj epiléptico.

EN todas partes, los relojes de los edificios públicos son, actualmente, los reguladores oficiales de la hora que rige a los ciudadanos. Asimismo, en las antiguas ciudades y pueblos, eran las agujas y campanas del reloj catedralicio o de la torre conventual quienes dictaban su ritmo a los burgos de casas arrodilladas. Y más antiguamente todavía, los pueblos, encintados por la cota de malla de sus muros, oían la voz protoestatal de las campanas de los Cabildos y Concejos o de las torretas castellanas que anunciaban, tanto al honrado menestral como al finchado hidalguelo, que la hora de queda había sonado y que era el momento de dejarse de cuchilladas y picospardos, para meterse en su cámara o tabuco, acogerse al amparo del historiado lecho y dormirse sobre la tibieza del conyugal y gótico seno de su piadosa señora. (Y esto es para que digan que uno carece de erudición.)

CON el avance de los tiempos las cosas fueron a mayor perfección. Y hoy nos encontramos con que un reloj de la estación del ferrocarril de Caldeas de Túy marca exactamente los mismos segundos que su colega de Pica-

de las 15 h. 17' y 33". Alza los ojos hacia el reloj del edificio que representa oficialmente la puntualidad —puntualidad oficial de tanta prosapia histórica como hemos visto en la culta disertación que precede—, y se encuentra con que son los dos en punto. Como usted tiene el suyo en las tres y pico, presa de la más inquietante confusión, busca usted otro de los cuatro relojes que tiene la torre del edificio, y encuentra que son las once y media en el segundo, y que en el tercero tiene las doce, y que el cuarto no tiene esfera. Y en medio del más insano delirio, se dirige usted al guardia más inmediato y le inquiere:

—Dígame usted, señor agente, ¿cuál de esas horas es la cierta?

El susodicho, haciendo pantalla con la mano, mira hacia el sol, y luego la extiende con los dedos abiertos y haciendo con ella esos vaivenes de garrotín que tan acertada expresión dan al cálculo mental, dice:

—Deben ser, más o menos, las cuatro, con una marcada tendencia a ser las cinco, si no me equivoco.

—Pero, entonces—repite usted—, esos relojes deben sufrir alguna interrupción ocasional.

—Sí, alguna pequeña avería. Por lo menos, yo, desde que llegué a esta esquina, siempre los he visto así.

—¿Y hace mucho que llegó usted aquí?

El guardia balancea otra vez la diestra, y concluye:

—¡Pchs! Unos tres años...

hotel para gozar de los pintorescos regocijos populares, cuando se abalanzan sobre mí media docena de fornidos jovencuelos, que me sujetan de brazos y piernas y se dedican a llenarme la boca de papeles picados, mientras la gente de aspecto respetable, en vez de auxiliarme, se reía de la escena. Apenas me veo libre de estos "gangsters" carnavaleros, caigo en las manos de otros, y así todo el tiempo, hasta que pude alcanzar de nuevo el hotel, en cuyo "hall" caí desvanecida, con los labios destrozados y la boca llena de basura.

—¡Qué vilipendio! ¡Qué extraño suceso!— exclamé hipócritamente, para decir algo.

—¡Ah, pues eso no es nada! Por la noche, siguiendo las indicaciones de una Guía de Madrid, cuya primera edición, del año mil ochocientos cuarenta, tengo la dicha de poseer, me aventuré a salir "de trapillo", como aconseja sagazmente el autor, a pasear por el Salón del Prado, a fin de sorprender algún idilio entre veladas duquesas y majos de rumbo. Y cuando iba, cauta y subrepticia, deslizándome por entre los altos árboles, surgen de la obscuridad unos seres ensabanados, blandiendo escobas y sartenes, los cuales, sin serme previamente presentados, se lanzaron sobre mí y se dedicaron a acariarme con tan subido entusiasmo, que de ahí vienen los esparadrapos y vendajes de mi seno, que usted acaba de contemplar con tan caballeresco rubor.



Miss Klatte, ofendida.

LA ilustre corresponsala del "Presbyterian Bulletin" me ha hecho el honor de invitarme a compartir su té el pasado miércoles, que lo era de Ceniza. Miss Klatte tiene el rostro abatido y los contornos de la boca llenos de rasguños. Para mayor dolor, se le terminaron los "Gold Flake", y como no quiere darle el gusto al Monopolio de Tabacos de pagar por esos cigarrillos una suma equivalente a noventa veces su verdadero valor, se ve obligada a fumar esa hedionda boñiga que nos vende la Tabacalera envuelta en un papel color peste.

MI distinguida compañera está que brama. Una vez que estuvimos instalados en uno de esos tabernáculos seudoelegantes que, por tener unas cortinillas de cretona, se encuentran con derecho a cobrar once duros por la consumición—¡ni que uno se bebiese las cortinas!—, Miss Klatte me gritó, roja de ira:

—Dígame: ¿qué clase de trágica burla es ésa?

—¿A qué se refiere usted, mi respetable señorita?

—A esa indecencia de Carnaval que acabamos de soportar. Carecen ustedes de vergüenza en un grado inenarrable. Me quejaré a las autoridades de mi país.

—¡Pero, señorita, le aseguro a usted que yo no tuve la culpa de nada! Tanto es así, que los días de Carnaval me los pasé en Fontiveros, provincia de Avila.

—Pero, por lo menos, ustedes los periodistas deberían avisar a tiempo a las gentes de los países cultos, para que se pusieran a salvo antes de la catástrofe.

—Creo que no es para tanto, mi digna colega...

—¡Cómo! ¡Cómo!... Mire, amigo: he viajado por el corazón del Africa salvaje cazando panteras; estuve en el Far West cazando pieles rojas, y en la Sierra de Gredos cazando liebres. En las orillas del Brahamaputra pernocté en tribus de fanáticos, y estuve perdida en los bosques de Birmania un mes, guiada por un disforme gorila... y nada me ocurrió. Y aquí, a diez horas de Londres, mire usted cómo me han puesto... (Miss Klatte separa las ropas que cubren su casto seno apergaminado y me muestra las intimidades de su piel, llena de sellos de tela elástica, esparadrappo y tafetán. Parece una carta certificada.)

—¡Qué disparate!—exclamo yo, ruborizado por tan honrosa confianza—. ¿Y eso cómo ha sido?

—No me lo pregunte usted, "my dear fellow", porque todavía no acierto a explicármelo. Figúrese usted que el Domingo de Carnaval, no bien salgo de mi



—¡Qué desatino, qué vergüenza, triste patria mía! ¿Y usted qué hizo?

—Lamentarme de no haber seguido su consejo de ir a Mallorca a ver florecer el primer almendro, en lugar de quedarme aquí esperando el Carnaval. Menos mal que yo soy mujer precavida y, por lo que pudiera ocurrir, había ya pedido al señor Embajador que interpusiese su valiosa influencia a fin de que los almendros mallorquines retardasen un mes su floración. Y eso se ha hecho. Así que me voy a las islas de oro, que ya los pobres arbolillos deben estar impacientes por mostrar sus galas nuevas.

—Me parece muy bien, Miss Klatte. Y perdónenos usted, si puede. Ya ve usted que en España tenemos algunos brutos, pero tenemos también almendros galantes, que se someten a las exigencias de las Embajadas y esperan por las señoras para su fiesta de pétalos...

—Y compañeros tan galantes y tan finos como usted, que dicen cosas tan lindas.

Y me miró con gran ternura. Y yo derramé una furtiva lágrima.

moixons, en el principado autónomo de Cataluña. El ferrocarril pasó a ser el símbolo moderno de la exactitud, y de él nació la exactitud del correo, que se rige mediante normas cronométricas inexorables.

Llega usted al Palacio de Comunicaciones, sección de "Última hora", y le dice al amable empleado que algunas veces suele andar por allí:

—Señor, ¿sería usted tan fino que quisiese recibirme esta carta para Feces de Abajo?

—¡No puede ser!

—¿Sería usted tan condescendiente que me dijese las causas?

—Pasan nueve décimas de segundo de la hora.

—¡Hombre, me parece una exageración esa puntualidad!...

Si el empleado es de natural adusto, le da a usted con la portezuela en las narices y sanseacabó. Pero si es de tendencia humorística, le contestará:

—Pues si le parece a usted exagerado, váyase a la competencia y échela en el correo de enfrente.

Y sanseacabó también.

YA en la calle, usted se entrega a la más profunda meditación, y concluye por recordar que le habían dicho que su carta llegaría a tiempo echándola antes

Por C. B.

ESPECIAL PARA "CIUDAD"



Al echar una mirada sobre el mapa de los principales trajes populares se reconocerá fácilmente, sin estar iniciado en los secretos del «folklore» de la Península, los trajes típicos. El artista los ha agrupado en general de dos en dos: un hombre y una mujer. Ningún hombre solo; en cambio, nueve jovencitas sueñan con el «Príncipe Encantador» que ha de venir a hacerles compañía. Es mucho más simbólico y más real de lo que el dibujante pensaba, porque en un país donde abundan las mujeres hermosas, donde los más grandes pintores de todas las épocas y de todas las escuelas han buscado sus modelos de Madonas, en un país en que la belleza femenina ha inspirado a todos los poetas que han cantado el amor, es muy natural que el artista haya querido colocar a la mujer, en su mapa, en el sitio de preferencia.

Pero hay otra razón más poderosa aún, y es que, por su naturaleza, la mujer es la conservadora del hogar, y se siente ligada, más que el hombre, a los usos y costumbres populares. También se debe tener en cuenta, en lo que se refiere a los trajes, que la mujer, siendo coqueta por temperamento, ha seguido siendo fiel a las vestimentas originales de las abuelas lejanas. La Italia fascista gusta organizar de vez en cuando, al lado de las Exposiciones de alta costura italiana, «cortejos-revistas» de trajes de tiempos pasados. Estas exhibiciones generalmente son regionales, pero también algunas veces adquieren un carácter nacional.

Algunos de estos trajes femeninos son sobrios y severos, aun siendo muy característicos. Pero la mayor parte son admirables por la riqueza de sus encajes y bordados, artes delicadas que han estado siempre en primer lugar en muchas provincias italianas. El Véneto, la Lombardía, la Umbría, la Cerdeña, los Abruzos, han adquirido en esta rama del arte decorativo fama universal. Los adornos de cabeza son igualmente variadísimos, desde el sencillo pañuelo doblado de la Ciociaria y el elegante y flexible sombrero de paja de Toscana hasta esas construcciones complicadas, hechas de cintas, flores y encajes, que se encuentran en Piamonte. Se han ingeniado los artistas para trabajar el oro y la plata crean-

do joyas de todas clases, que tanto gustan a las mujeres italianas y, a veces, también a los hombres, porque unos bellos botones de oro cincelado realzan en verdad la gracia de un justillo obscuro de paño o de terciopelo. Algunos pendientes, algunas pulseras y collares o agujas para el cabello son verdaderas obras de arte. Se inspiran en todos los estilos, sobre todo en el árabe-fenicio, muy extendido en la Italia meridional.

Si las regiones llanas, como el valle del Po y el Véneto, nos ofrecen algunos trajes interesantes, es sobre todo en los valles de las altas montañas y en las islas—Sicilia y Cerdeña—, donde se conserva mejor la tradición y donde se ven los trajes más pintorescos.

Desde luego, salvo raras excepciones, el modernismo ha invadido los pueblos con sus americanas y trajes de «sport», los cabellos cortados a la «garçonne» y las medias de seda, haciendo guardar los trajes regionales en los armarios o en las grandes arcas de madera tallada que se heredan de generación en generación. Pero en ciertas ocasiones, sobre todo con motivo de fiestas locales o de peregrinaciones a los santuarios célebres, los armarios y arcas se vuelven a abrir, y se visten, siempre con orgullo, los trajes originales de corte extraño, de colores vivos, de encajes policromos; las faldas amplias y plisadas, los corpiños cargados de encajes y arabescos sabiamente combinados, que hacen la felicidad de los pintores y la alegría de los aficionados al «folklore».

El «folklore» italiano es tal vez el más rico y más variado que existe. Abarca todo: la música (cantos populares), el baile, la mesa (ciertos platos regionales, preparados en algunas circunstancias, dejan un recuerdo que no se borrará jamás del paladar), las fiestas aldeanas, las religiosas o profanas, paganas o guerreras, en los grandes acontecimientos de la vida: nacimiento, boda o funeral.

Si la Italia actual ha sabido encauzarse en la vía de los progresos modernos, las gentes no han renunciado por eso al culto del pasado, del que tienen derecho a enorgullecerse. Por eso se ha conservado la costumbre de celebrar casi to-

Gracias te doy, Señor, que al fin has hecho,
vergel del yermo despoblado y triste.
Gracias, pues que ya sé por qué les diste,
la luz al sol y el corazón al pecho.

Tú que logras hacer lo ya deshecho,
me enseñas a saber por qué se existe.
Por Ti, en la noche de ilusión, se viste
de ensueño y de verdad el mismo lecho.

Ya me puedo morir, pues tu divina
llama tan claramente me ilumina
y su fulgor en mis altares arde

al mismo tiempo que el vivir declina.
Que no en vano la estrella matutina
es también el lucero de la tarde.

Por PEDRO DE REPIDE

das las fiestas, a veces antiquísimas, que las generaciones anteriores habían instituido para exaltar la Fe y la Patria, las virtudes de los santos y los heroísmos guerreros, fiestas cuyo rito y carácter varía según las épocas y las circunstancias. No hay pueblo en Italia, por muy insignificante que sea, que no tenga su fiesta local, religiosa o civil para conmemorar un milagro, un hecho de armas glorioso o una leyenda aureolada de poesía por el tiempo.

Muchas de esas fiestas derivan en línea recta de las representaciones sagradas: los «Misterios», creación de la Edad Media. Otras proceden de los juegos gímnicos del Renacimiento. Y otras aún, a veces muy pintorescas, evocan antiguas glorias navales. Las hay cuya alegría recuerda el loco entusiasmo de sus abuelas, las fiestas carnavalescas, que las fastuosas Señorías de otros tiempos gustaban proteger. Se puede observar a veces un fenómeno curioso. Algunas fiestas de origen muy antiguo, que se remontan a la época romana y hasta más allá, y que, por consiguiente, son puramente paganas, se han conservado hasta nuestros días, modificando únicamente el rito. Nacidas la mayoría de las veces de creencias populares fuertemente arraigadas, han resistido la caída de la civilización pagana y se impusieron al cristianismo triunfante, que tuvo que incorporarlas a sus propias ceremonias, transformándolas. Así hallaremos un fuerte olor de paganismo a la sombra de la cúpula de San Pedro con motivo de las fiestas de la Epifanía, de la «Befana» o de San Juan, y en gran número de santuarios, sobre todo los más venerados.

Algunas de esas fiestas y regocijos populares son verdaderas instituciones, como el «Palio», de Siena; el «Milagro de San Javier» y la fiesta de «Pedigrotta», en Nápoles; la «Palombella» y el «Corpus Domini», en Orvieto; el «Divino Amor», la «Befana» y «San Juan», en Roma; el «Redentor», en Venecia; «Santa Rosalía», en Palermo, y «Santa Rosa», en Viterbo; la procesión de «San Vicente», en Caglione, Piamonte; el «Scoppio del Carro», en Florencia; la carrera de «Ceri» y el concurso de los «Arbaletreros», en Gubbio. La lista completa sería demasiado larga, y hay que terminar, sobre todo si se quieren mencionar algunas fiestas que las organizaciones fascistas, convencidas de la fuerza de las tradiciones, han ayudado a resurgir, como, por ejemplo, una multitud de «Palio», las fiestas de Carnaval, las «Sagras» diversas, uvas, trigo, etc., y el «Calcio Florentino», cuyos orígenes remontan a un glorioso hecho de armas, siendo la nobleza florentina su admirable heroína.

Entre las creaciones del talento popular de una raza hay una que siempre es característica, y que a veces se eleva a las más altas cimas del arte. Quiero hablar de las labores del pueblo. Son demasiado variadas y demasiado ricas en Italia para citarlas a la ligera en este relato. Los encajes de Venecia, las tallas de la Valgardera y de Bolzano, los hierros forjados de Toscana, de Umbría y de Cerdeña, los mosaicos de Roma y de Florencia, los tapices de Cerdeña, los «carros» sicilianos, los corales y conchas de Nápoles, las filigranas de Liguria, las cerámicas de Faenza, Gubbio, Deruta y otros lugares; los vidrios de Venecia, toda una serie de producciones artísticas, que merecen un estudio detenido y que son famosas en el mundo entero.

EL HOMBRE DE LA MANDIBULA SALIENTE

Un retrato de Juan Belmonte, la figura más legendaria del toreo, que ha rehabilitado la fiesta de los toros



Mr. Lester Ziffren es uno de esos periodistas norteamericanos que están en todo y todo lo saben. Sencillo, bonachón, expresión risueña y ánimo jovial, sus ojos no dejan pasar nada, ni su percepción auditiva, tampoco. Corresponsal de la United Press en la actualidad en Madrid, ha desempeñado importantes cargos de índole similar en Buenos Aires, Río de Janeiro, Nueva York y Washington. Mantiene en los Estados Unidos una activa propaganda de España, dando a conocer nuestras

costumbres, personajes, arte y las noticias de la vida diaria que telegráficamente remite a las poderosas oficinas de la United Press. Hispanófilo sincero, todos los días, por la estación E. A. Q., de onda corta, de Madrid, transmite a todo el mundo las novedades cotidianas de España en inglés. Colaborador de los grandes periódicos y magazines de su país es el autor de este interesante reportaje sobre Belmonte, publicado en *Esquire*, una de las revistas más selectas de los Estados Unidos, por la presentación magnífica de sus páginas, el plantel de colaboradores de primera fila y su tiraje de 200.000 ejemplares. CIUDAD, al presentar a este periodista norteamericano al público español, cumple un deber de agradecimiento por la tarea que Mr. Lester Ziffren realiza en el extranjero sobre nuestra vida.

R. M. L.

Un muchacho desgarbado en primera fila estropeaba el cuadro. Vestía un traje alquilado. Las medias de seda roja se arrugaban en los tobillos. La montera negra sobre su cabeza sentaba torcida y desmañada. Primero se estiró las medias y luego enderezó su sombrero. Las piernas débiles se movían en un extraño paso que quería ser marchoso. Estaba pálido, pero fingía una sonrisa. Los aficionados españoles que no pierden una corrida se mofaban de él y le señalaban con el dedo, pero los que le habían descubierto, al otro lado de la plaza, le presagiaban días de gloria y riqueza. Ese muchacho era un torero.

La acción tenía lugar en Sevilla, en 1910.

Hace unos meses que Juan Belmonte ha vuelto a pisar la plaza. Pero esta vez es el gran Belmonte, la figura legendaria de las corridas de toros modernas, la que va al frente. Fué en la plaza de Nimes, en Francia, que en sus tiempos era circo romano. Miles de almas aplauden y vitorean al poseedor de las piernas torcidas que le ayudaron a crear el estilo del toreo actual. Las piernas en arco no parecían ridículas en Nimes. La plaza estaba llena de hombres célebres y mujeres hermosas. Se retractaban todos de aquella tarde cómica, allá en Andalucía, cuando no era más que un torpe y zaño principiante. Aquí se veía una multitud admiradora que le ofrecía el homenaje debido a un maestro. Orgulloso se sentía dentro de su traje de alamares de oro, que se ceñía al cuerpo enjuto como un guante. La montera estaba colocada derecha sobre su cabeza, dando sombra a sus profundos ojos negros. La sonrisa que dejaba ver unos dientes blancos sobre la mandíbula exagerada, era natural. Juanito, "el terremoto", "el fenómeno", "el Niño de Triana", ya no es una figura sin nombre. El que vemos allí es uno de los más grandes toreros de todos los tiempos, que ha compartido todos los honores con Joselito, el maravilloso gitano



Por LESTER ZIFFREN

Traducción especial para "CIUDAD" por MANJEL COELLO

APUNTES DE BELMONTE POR ARTECHE

que murió en los cuernos de un toro llamado "Bailor", hace quince años.

Hace quince años, Belmonte recorría las plazas de toros de España, Méjico y Perú. Sobrevivió a Joselito y amasó una fortuna. Adquirió un cortijo, y se retiró. Después de siete años de ganadero y granjero, abandonó su vida de holganza para volver a los toros. ¿Por qué?

Hice esa pregunta muchas veces, pero la contestación no me satisfacía. ¿Por qué buscó él mismo verse en brazos de la muerte en dos corridas esta temporada? En casi cada corrida que ha toreado este año ha sido rozado o achuchado por algún toro, escapando de verdadero milagro. En Nimes estuvo dos veces entre los cuernos. En Málaga sufrió una ligera contusión en la cabeza después de haber sido lanzado por los aires. Pamplona le vió arrastrado por un toro falso. Y así ha sido corrida tras corrida. Determiné tener la contestación y tenerla directamente de él mismo.

Desde que llegué a España y mostré interés por las corridas de toros, los aficionados me decían que había sido una verdadera fiesta, como ellos la llaman, en los días del gran Joselito y Belmonte. Muchos no habían vuelto a las corridas desde que murió Joselito y desé que Belmonte se había retirado. Dicen que las corridas habían decaído y se había perdido el interés. Belmonte volvió y revivió la fiesta.

Fué en Pamplona donde recibí mi primera impresión de él toreado. Una ligera sonrisa que mostraba unos dientes blancos sobre la mandíbula fuertemente pronunciada. Las piernas arqueadas no parecían muy firmes al hacer el paseo con su viejo amigo Rafael Gómez, "el Gallo", el hombre de las grandes espantadas, y Victoriano de la Serna, un joven matador. La multitud le aplaude. Belmonte sonríe y saluda con su montera. Imposible ver un sitio vacío en la plaza.

Se planta delante de un toro y da al hermoso animal negro seis lañes magníficos con la capa, en un espacio menor de diez pies de distancia. Siempre terminaba el animal rozándole. Después, con la muleta—ese trapo rojo que parece hipnotizar al bicho—le trastea tan cerca de los cuernos, que la multitud permanece algún tiempo sin aliento.

Entonces embiste el toro. El ídolo sale despedido por los aires y cae sentado. La parte frasca de sus pantalones de plata muestra una abertura rajada por los cuernos, pero él no se da cuenta, porque está atontado. Vuelve en sí. Hay un silencio y, furioso, se acerca al toro, de rodillas, y le desafía, insultándole.

Yo estaba asustado ante una demostración tan salvaje de valentía. Parecía ver en el animal al mayor enemigo que tuviese del género humano en general, y para él en particular, y sólo estuviere allí para desembarazarse de la bestia. Seguía arrodillado, retándole, con la mandíbula agresiva, los brazos cruzados a la espalda y los ojos centelleantes de odio, mirando los ojos del toro. Otros matadores suelen tomar sus corridas en una forma más comercial, pero Belmonte está intoxicado de furor. Es un furor fundido con la gracia andaluza innata que hace de sus corridas de toros una obra maestra de arte mezclada a una bravura trágica.

Pregunté a Belmonte por qué él, millonario, volvía a arriesgar su vida. Sonrió a la pregunta y me explicó:

—No me ha costado nada hacerlo. Me gusta torear toros. ¡Es mi vida! Sé que mucha gente se extraña de que haya vuelto a torear pudiendo vivir tranquilamente el resto de mis días, pero resulta que estaba cansado de la vida ociosa. Todo el que está cansado del trabajo se retira cuando puede, y luego, cansado de descansar, vuelve a trabajar. Así me ha pasado a mí. Me gustan las emociones fuertes de la vida, y la emoción de una corrida sólo dura unos minutos. En una tarde se despachan los toros en unos treinta minutos, quince para cada uno. Es breve, pero es algo grande. ¡Es toda mi vida!

Si me llegase a suceder algo, tengo dinero suficiente para dejar asegurada mi familia. Estoy más tranquilo ahora frente al peligro, porque sé que mi familia no carecería de nada. Lo que me indujo a volver a los toros no sabría decírselo a usted. Es el arte y la muerte.



BELMONTE

Es el dominio de la muerte. Y, como le digo, ¡es mi vida!

Tenía, además, una razón menor para volver a los toros: su apoderado, Eduardo Pagés, empresario de la plaza de toros de Madrid, sostenía una discusión con la Unión de Criadores de Toros de Lidia, que le boicoteó, porque se había negado a su imposición de adquirir únicamente toros de su exclusividad. Pagés pensó que el prestigio de Belmonte induciría a muchos ganaderos retirarse de la Asociación. Y una de las razones por la que Belmonte ha vuelto a exponer su vida ha sido para ayudar a un amigo. Pero todo fué en vano: la Unión se resistió, y Pagés tuvo que abandonar la lucrativa plaza de toros de Madrid.

Viendo a Belmonte en la calle no reconoceréis en él jamás al torero. El rico agricultor, ganadero y cosechero de aceituna y remolacha, es un transeúnte pacífico, siempre sonriente, tranquilo, amable y excesivamente modesto. Es difícil representársele como un hombre que ha visto la muerte frente a más de dos mil toros. En la plaza es un artista inflamado por la furia sagrada. Allí se le ve en su magnífico traje rojo, todo bordado en oro. Es la estampa clásica de los que imaginamos bajo el título de "Sangre y arena". El ha traído a los toros una escuela que, aunque no haya podido ser esculpida ni en lienzos ni en mármol, es tan grande a su manera como fueron las que aportaron a todas las artes las más grandes figuras del universo.

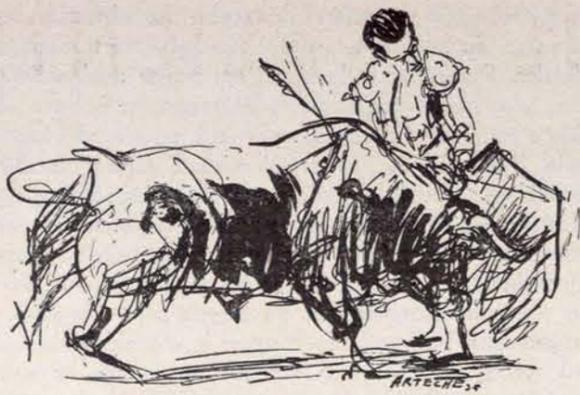
—Ir a la plaza no crea que es un sedante para los nervios—me decía un día—. Uno empieza por pensar que hay que estar loco para ir a una fiesta tan brillante a jugarse la vida. Pero una vez que uno ha impuesto su voluntad al toro y le ha matado con limpieza, se emborracha con los aplausos de la multitud y es imposible retroceder. Es un peligro fascinador.

A Belmonte no le gusta hablar de sus sentimientos sobre las corridas, pero al hacer estas curiosas observaciones demostró plenamente no ser un héroe sanguinario:

—Todo el tiempo permanezco alerta en la plaza—continuó—, y siento, digan lo que digan, una especie de desconfianza. Sin cesar pienso en algo que me va a suceder. Cuando estoy contento, soy el primer sorprendido, pero no creo nunca en la posibilidad de verme herido. Es duro describirle a usted mis sensaciones, pero si lo que siento es miedo, es un miedo que sobrepasa todos los detalles imaginables.

El cosechero de aceitunas, hombre pequeño y algo tartamudo, es muy sencillo en sus gestos y costumbres. Sus amigos le admiran por su inteligencia y modestia. D. Ernesto Hemingway dice que alterna entre intelectuales, y no cabe duda alguna que siente una gran admiración por ellos si son dignos de serlo, pero esa admiración es recíproca. Ese respeto mutuo le ha rodeado de verdaderas y entrañables amistades. Entre sus mejores y más íntimos amigos debemos citar al embajador de España en Inglaterra, Pérez de Ayala, y a Zuloaga;





Fernando Gillis, antiguo torero, empresario, autor y propietario teatral; Julio Camba, escritor; Juan Cristóbal, escultor; Félix del Valle y Luis de Tapia, poeta y escritor.

Belmonte habla poco si no está entre amigos. No tiene el prurito de darse importancia. ¡Hay que ver otros toreros! Hablando de su vuelta a los toros, dijo: —Supongo que casi todo el mundo cree que he vuelto al ruedo para amasar un montón de dinero. Como querrán ver por el valor de lo que pagan, lo tendrán, y nunca podrán decir que Belmonte les ha robado.

Hace hoy día las mismas cosas que hacía hace veinte años, de valentía, arte y arrojo. Rehusa hacer la selección de los toros antes de las corridas:

—No puedo hacerlo, porque la gente diría que elijo los más pequeños y menos peligrosos.

Gregorio Corrochano, que es, sin duda, el crítico taurino de mayor influencia hoy día en España, cree que Belmonte está este año tan bien como siempre... “¿Toreando, es hoy tan bueno como era en aquellos tiempos, o es mejor?”, se pregunta el mismo después de haberle visto torear en Valencia. Encuentra que tiene “la misma serenidad, tranquilidad y la misma plástica escultural”. No se “ve” a Belmonte, hay que “sentirle” torear. ¡Qué tranquilidad, qué naturalidad, qué valor sin afectación, qué soltura! Grande es su responsabilidad por lo que fué y por la época que representa. Pero no ha esquivado esa responsabilidad; parece como si la hubiese incrustado a su muleta para no olvidarla. Tiene pleno conocimiento de lo que supone ese valor tranquilo, porque su traje nuevo cubre antiguas cicatrices.

Belmonte es una gran figura de los toros. Su vida, tan distinta de lo que sabemos en América, merece ser relatada. Hela aquí:

Nació en Sevilla, cuna de toreros, el 14 de abril de 1892. Al igual que otros chicos, jugaba en la calle a los toros. Sentía un interés fanático por ellos, y cuando cumplió trece años le permitieron torear un becerro en una escuela de tauromaquia llamada “La Venta de Carancha”, donde demostró una habilidad poco común. Siguió aumentando sus conocimientos en las dehesas de los alrededores de Sevilla.

Me decía que “una noche de luna nadé a través del Guadalquivir hacia una dehesa, llevando mi traje sobre la cabeza. Había cogido un traje viejo de mi padre. Era demasiado grande para mí, pero era lo más viejo que había encontrado en casa. El chaleco me colgaba como una americana, y ésta me faltaba. Cuando empecé a lidiar los toros con un capote improvisado, se acercaban tanto, que cada vez me arrancaban un botón del chaleco, hasta que no quedó ninguno”.

Se dice que la señora Belmonte se casó con Juan, teniendo la oposición de su aristocrática familia, que no sentía gran estimación por los toreros. Pero las relaciones familiares les ha hecho variar después de opinión. La encantadora esposa peruana de Belmonte ha estado enferma algún tiempo, y recientemente tuvo que ingresar en un sanatorio en Suiza. El matrimonio tiene dos hijas.

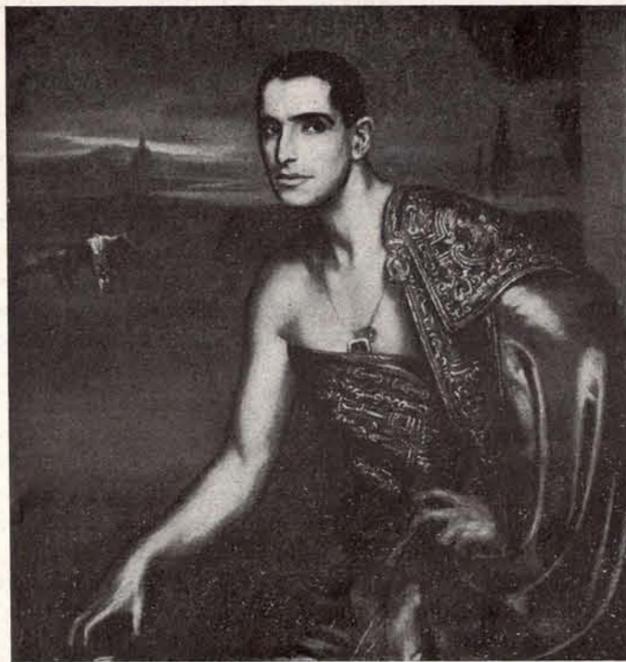
La primera corrida de Juan tuvo lugar el 16 de mayo de 1909, en Elvas (Portugal). El 26 de mayo de 1912 vuelve a torear en Valencia, cobrando 80 pesetas (aproximadamente, 11 dólares), y tiene una buena tarde. Otros varios éxitos alcanzados le inducen a presentarse en su ciudad natal, y el 21 de julio de 1912 se consolida su reputación. Su fama y popularidad se extienden como la pólvora, y logra el galardón de lo que prometía en los toros.

Toma su alternativa en Madrid el 16 de octubre de 1913, de manos del famoso torero Machaquito, quien le concede el privilegio de alternar en la plaza con matadores de toros. Casi a mismo tiempo un joven torero, de nombre José Gómez, más conocido por “Joselito” y “Gallito”, se presentaba en las plazas. A pesar de que era tres años más joven que Belmonte, hacía ya tiempo que era matador. Durante las siete temporadas que estos dos hombres torearon juntos, las corridas de toros en España gozaron probablemente de la

máxima popularidad. Los dos eran maestros, los dos eran valientes, llenos de colorido, audaces... Cuál de los dos era el más grande, sería difícil de señalar, pero era cosa generalmente admitida que ambos han sido los dos más grandes toreros de la historia del toreo. Algunos aficionados preferían la inmovilidad estatuaría y las sensaciones escalofriantes que produce el valor exagerado de Belmonte; otros, en cambio, preferían el trabajo brillante y limpio del buen torero Joselito, que sabía mucho de toros.

Los dos, con diferentes estilos, pero ambos poseyendo un arte inapreciable, sabían la manera de entusiasmar a las masas y lograron en siete años tales triunfos que es muy difícil encontrar otra pareja que les pueda igualar ni sobrepasar. Joselito, para quien el arte del toreo no poseía secretos, dominaba la técnica. Belmonte tenía una extraordinaria personalidad y aportó un arte nuevo a los toros. La muerte de Joselito, en 1920, a la edad de veinticinco años, produjo una profunda impresión en toda España, por creerle invulnerable, pues no había sido herido jamás. Sus restos reposan en el cementerio de San Fernando, de la capital andaluza, en un mausoleo esculpido por el famoso escultor Mariano Benlliure.

La muerte de Joselito dejó el campo libre a Belmonte. Ganó sumas fabulosas por todas partes donde toreó: en España, en Méjico, en Perú. Conociendo el valor del dinero, lo colocó en fincas y granjas. Dos veces intentó retirarse, pero unas contratas ventajosas le hicieron desistir de sus propósitos. Fué herido grave-



Belmonte, por Romero de Torres

mente en Barcelona el 30 de octubre de 1927, por el toro “Temido”, y se alejó durante siete años de los toros.

Pregunté a Belmonte lo que pensaba de su rival Joselito. Estábamos en su casa, sentados en sillones, al pie del retrato al óleo que Zuloaga ha pintado de Belmonte, con su traje de torero, la muleta en la mano izquierda y en la derecha el estoque, lleno de sangre hasta la empuñadura. Buscó lejos sus recuerdos y empezó diciendo:

—Joselito era un gran torero y un muy buen muchacho. Nuestros amigos estaban divididos entre ellos en “Gallistas” y “Belmontistas”. Cuando toreábamos juntos, los amigos de Joselito deseaban que yo estuviese malísimo, y mis admiradores que Joselito tuviese una mala tarde. A nosotros no nos importaba. Joselito y yo éramos buenos amigos, porque toreábamos juntos y juntos arrostramos el peligro muchas, muchísimas veces.

Fué un gran torero del estilo antiguo. Debo añadir que su toreo era más bien defensivo que ofensivo, pero se diferenciaba del toreo de los demás por su extraordinaria habilidad para dominar los toros.

Era siempre muy frío. Confiaba a su cerebro en lugar de su corazón el indicarle lo que debía hacer. Si con eso puede trazarse la diferencia que existía entre Joselito y yo, es la siguiente: Joselito era un matador que toreaba con la cabeza; yo toreo con mi corazón.

Creo que los críticos taurinos cometen una gran equivocación cuando limitan sus discusiones sobre el toreo a la técnica de ese arte, sin tener en cuenta los sentimientos y emociones que siente el torero.

En mi caso—dice con seriedad—miro un toro como miraría una mujer. Intento provocarlo y dominarlo hasta que obedece mis mandatos y deseos. Hablo con el toro como si fuese una persona humana. Estamos



solos en la plaza. En esos momentos pierdo a menudo la cabeza. Olvido reglas, estética, arte y el resto. Torea el toro como me lo inspira el corazón y como siempre soñé torear. Claro que rompo reglas y trastorno a los críticos, pero toreo como el toro pide ser toreado y no según los métodos y reglas.

Cuando Joselito y Belmonte eran los dos primeros matadores, los fanáticos solían decir que Joselito era un matador tan extraordinario, que no se le debía llamar torero, sino “maestro”. Hacía parecer las corridas de toros tan fáciles, porque era un artista completo.

Guerrita, un astro del pasado, hablando con sus amigos en esta reaparición de Belmonte, dijo sobre él:

—Deberais haberle visto mejor cuanto antes, o no os acostumbraréis a verle nunca.

Guerrita está seguro de que Belmonte no vivirá mucho tiempo si continúa arrimándose tanto a los toros. Lo que significa el nombre de Belmonte en las corridas de toros, es lo siguiente: es el hombre que las revolucionó. Antes de él, los toreros no se metían en el llamado “terreno del toro”. A Juan esto no le importaba. En su primera corrida, al pasar de muleta al toro, no hizo más que alargar los brazos. Volvió al toro e hizo un pase tan peligrosamente cerca de los cuernos, que la multitud se quedó sin respiración. Tiene, además, las piernas tan débiles, que parecen doblarse bajo su peso, de manera que no tiene gran defensa con ellas. Esta falta de habilidad para moverse rápidamente le obliga a torear cerca de los toros, y lo hace en el menor espacio posible. Tiene la soltura en los brazos en vez de las piernas. Hace seguir el toro con la capa, con un dominio seguro y un movimiento diestro de los brazos. Su estilo rompe con todas las reglas y tradiciones y señala la revolución en el arte del toreo. Por ese motivo, los críticos taurinos han dividido la historia del toreo en dos épocas (A. B. y D. B.): “Antes de Belmonte y Después de Belmonte.”

Su pase natural, teniendo la muleta baja en la mano izquierda, exponiendo el cuerpo entero al toro y evadiéndose del peligro con movimientos diestros con el trapo rojo, es una de las cosas clásicas de su toreo.

El valor de Juan es indiscutible. Su desprecio por la vida no es humano. Posee la habilidad inexplicable e inconsciente de hacer vibrar a los espectadores que están sentados en la plaza, frente al toro furioso. Los afilados cuernos no le emocionan en su afición a la fiesta. En la primera corrida de su vuelta a los toros, el 25 de junio, en Nimes, fué lanzado dos veces por los cuernos del toro contra la barrera de madera, mientras las mujeres chillaban y miles de almas se alzaban de sus asientos. Escapó milagrosamente indemne, y después, con valentía, se llevó al toro lejos de las tablas y le preparó rápidamente para matar.

En Pamplona toreaba un animal que no quería embestir. Despacio, con habilidad, se fué acercando al bicho, exponiendo el cuerpo, hasta llamarle la atención. Finalmente, escondió tras sus espaldas el capote, y los afilados cuernos del toro sólo estaban a pocos centímetros de distancia de él. Cuando la multitud, asustada, ni respiraba, un peón oportuno lanzó su capa y alejó al toro de allí. Otra milagrosa salvación de la muerte.

Refiriéndose una vez a los contratiempos y catástrofes en la plaza, decía: “Cuando los pies están por los aires se olvida toda clase de ciencia y de arte.”

Pregunté a Belmonte si era verdad que algunas veces cantaba “flamenco” o canciones gitanas mientras toreaba. “Es verdad—me contestó—; pero eso no quiere decir que esté tranquilo en aquellos momentos. Lo hago únicamente para espantar el miedo.”

¿Pero sienten los toreros realmente miedo de los toros? Belmonte contesta que cuando algún nuevo reportero le pregunta: “¿Puede usted recordar alguna vez que haya tenido miedo de algún toro?”, el matador, mascullando concienzudamente sus palabras, contesta: “¿Por qué no me pregunta cuándo no siento miedo delante de algún toro?”

Al famoso torero le gusta el confort y la comodidad. Una vez se sintió cansado o con pereza, se com-

(Continúa en la página siguiente.)

RESTAURANT AMAYA

SERVIDO POR COCINERAS Y CAMARERAS

VASCAS Ptas. 6
CUBIERTO SELECTO.

AMAYA

C. S. Jerónimo, 7 y 9
Teléfono 13617

pró un montón de libros y se metió en la cama doce días. No podía convencer nunca a su suegra que no taba enfermo.

Todo lo que sabe lo ha aprendido por su propia iniciativa. Estudió un poco en su niñez; pero después de haberse hecho un famoso matador y haberse adueñado de un pueblo que le idolatra, abrió su inteligencia para captar cuanto le fuera posible. Empezó, pues, a leer, y en la actualidad es un lector ávido de la historia del mundo. Jamás lee periódicos o revistas taurinos.

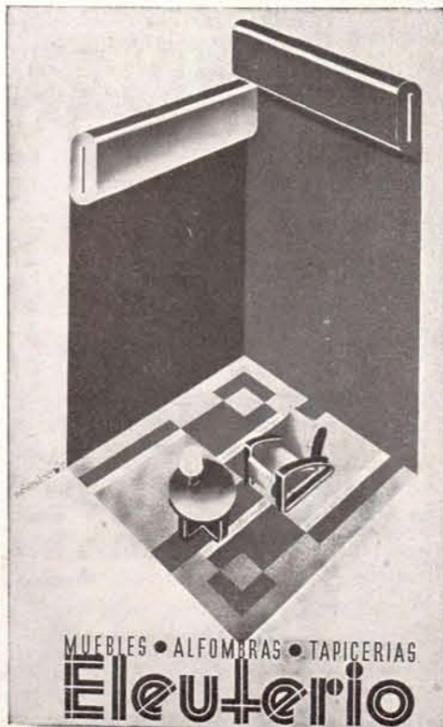
“El único periódico que leo—dice—es “El Sol”, de Madrid, porque es el único periódico que no publica nada sobre toros o toreros. Unicamente cuando toreo acostumbro a leer todos los periódicos que traen la reseña de la fiesta. Si los críticos me alaban, me siento entusiasmado; si me censuran, me da rabia, y entonces prometo no volver a leer más críticas, ni artículos, ni libros que traten de toros.”

Un periodista contaba a Belmonte que Sidney Franklin, el conocido matador de toros norteamericano, que ha traducido la novela española “Currito de la Cruz” al inglés, decía que prefería verse frente a diez miuras que ante cuatro cuartillas para traducir.

Belmonte sonrío y levanta la cabeza.

“¿No lo cree?—pregunta el periodista—. Es porque usted no ha escrito nunca nada.”

“No, no he escrito nada—contesta Belmonte—, pero lie toreado miuras.”



FUENCARRAL, 14
APARTADO 12318



Las grandes mujeres de la Historia

LA MAINTENON

Por EMIL LUDWIG

Al lado de las legítimas reinas están las más o menos famosas mujeres que obtuvieron los favores y frecuentemente la confianza absoluta de los grandes reyes. En todas éstas hay una que sobrepasa la picardía de la Pompadour o la azarosa existencia de la Du Barry, pues no era sensual ni buscaba los placeres, sino inteligente y constructiva. Y poseía la más rara de las virtudes entre las mujeres: el dominio sobre sí misma. Es madame de Maintenon.

Una difícil juventud le enseñó el silencio y la resignación. Nació en la prisión, hija de un noble encarcelado que neciamente se había empobrecido a sí mismo. Era nieta de un famoso hugonote. Su madre era mujer de grandes dotes. Siendo niña fué con sus padres a la Martinica, regresando a Francia a los quince años de edad, pobre y sin protección. Fué mantenida por parientes, inculcándole una tía las doctrinas calvinistas, mientras otra la educaba en el dogma católico. Desde temprana edad aprendió a desenvolverse sin abdicar, para seguir viviendo. Por un sentido innato del decoro y un sentimiento heredado de su valer personal, pronto llegó a comprender la importancia que para ella tenía hacerse amar por todos, buscando la independencia después de pasar por un período de sumisión.

Durante años no era de tanta importancia lo que hacía o soportaba. A los diecisiete años de edad, cuando se había convertido en una bellísima joven, fué casada con un hombre carente de piernas, y durante ocho años, hasta la muerte de éste, ella permaneció a su lado, sin dejar escapar una queja. Y no era solamente el ingenio de su marido lo que la sostenía. Tampoco lo era la sociedad que se reunía en torno de ellos. Por encima de todo sentía el deseo indomitable de obtener su propia aprobación y la de su confesor. Después de su casamiento, la pobreza aún seguía persiguiéndola. Frecuentemente, sus criados murmuraban a sus oídos a la llegada de visitas: “Hoy no tenemos carne, señora. Tendrá que inventar algún cuento.” Y como era vivaz y rápida, y amaba hasta tal punto lo que era propio hasta las apariencias de esto le hubieran satisfecho rápidamente dadas las explicaciones del caso.

Luego, madame de Montespan, la dama de Luis XIV, tuvo deseos de que ella se hiciera cargo de la educación de sus propios hijos ilegítimos, vástagos de la realeza. En esta forma, la Maintenon sintió la obligación moral de entrar en esos círculos poderosos. Y no sorprende saber que los conceptos de esta mujer entonces con más de treinta años de edad, aparentemente sin ninguna aspiración femenina, que era toda actividad, toda eficiencia, sería pronto requerida por los poderosos de esa corte de intrigas. Ella era empleada como árbitro en las disputas. Ella se convirtió en confidente de su protectora y obtuvo el regalo de detalles íntimos de las rencillas que ocurrían entre el rey y su veleidosa y exigente favorita. Y siempre así, con enorme atención, sin deseos personales, con una inteligencia llena de recursos, ella, lentamente, fué encontrándose cerca del rey mismo.

Para Luis, el Omnipotente, entonces ya no joven, la gobernanta de sus hijos (pues oficialmente no era más que eso), constituía un fenómeno inexplicable. Impresionaba

verla; todo a su respecto se destacaba; su cabeza, su boca, su nariz. Su aire imperturbable irradiaba un tranquilo esplendor. Pero cuando la mano del rey se adelantó hacia ella..., su mano, que nadie en el imperio se hubiera atrevido a rechazar, fué rehuída por ésta, pues supo cómo hacerlo. Y así el Rey Sol cortejó durante años a esta dama moralizante que le recordaba la salvación de su alma, mientras ella se elevaba a las más altas posiciones. Aparentemente, ella creía en la naturaleza moral de su misión y, considerándose luego, se llamó a sí misma “una Ester”. En esos momentos, empero, era guiada por el deseo de independencia. No era tanto el poder lo que anhelaba, como una recompensa generosa por las amarguras de su juventud.

Y fué así como llevó a las dos favoritas del rey al desastre, mientras ella hizo de mediadora entre los tres. Catorce años después, la Maintenon aparecía como la primera mujer de la corte, fuera de cuestión, pues había fallecido la reina. En ese entonces, la Maintenon, de cincuenta años de edad, había logrado tan firme influencia en pocos meses con su persuasión moral, que presionaba enormemente al hombre más poderoso del mundo, quien hubiera podido obligarla a transigir con su voluntad o sufrir el auxilio para acabar por casarse con ella, abandonando para siempre a sus rivales. Sí, ella se convirtió en la colaboradora legal del monarca. Detrás de las puertas entornadas, ella era llamada “Su Majestad”, por el paje de la antecámara que oficiaba de testigo, por el arzobispo y por su confesor. Por medio del dominio de sí misma, de la inteligencia, ella realizó lo imposible: La pobre muchacha, nacida en una prisión, reinaba en el palacio de Versalles.

Existe algo grande en este dominio de la mujer madura sobre ese hombre hastiado de amor. Ciertamente, el mundo no pudo conocer su exaltación, y ella misma jamás traspasó los límites que se impusiera a sí misma. Cuando la realeza era agasajada, ella siempre pasaba como una modesta visitante de la corte. Pero la ciudad, la nación, la corte, toda Europa, pronto supieron que nada se hacía en todo el reino sin primero merecer su aprobación. Fué una verdadera alegría para el más grande egoísta de la historia, el hallar tan inteligente consejero en una mujer. Debido a que ella era fría y consciente, siempre a su servicio, sin preconceptos, sin deseos egoístas, ella pudo prevenirle contra las falsas amistades. Y jamás abusó del poder, sea como mujer, sea como consorte.

Durante treinta y dos años, la Maintenon gobernó en realidad a Francia: una vida activa, llena de preocupaciones diarias por sus conventos, escuelas e inválidos. Diariamente asistía a las audiencias del rey con los ministros, siempre reservando la expresión de sus opiniones hasta que estaba sola con él, momentos en que le explicaba lo que le parecía acertado. Ella estaba a su disposición todos los días. Con su inteligencia y conocimientos, ella estaba siempre en situación de controlar a ese hombre, que nunca abría un libro y que estaba eternamente huyendo del aburrimiento. El nunca se sintió cansado de ella.

Y, sin embargo, ella dejó su lecho de muerte antes de que llegara el fin, probablemente debido a un secreto temor, probablemente movida por su antiguo deseo de hallar la paz en un convento. “Me muero de pena”, escribía a una antigua amiga. “En un tiempo fuí joven, hermosa; gozaba de la vida. Todos simpatizaban conmigo. Tenía brillantes amigos y gozaba de la más alta estima. Empero, se lo juro, eso solamente me dejó una horrible sensación de vacío, indiferencia y fatiga, y una sed de otras cosas. Todas esas cosas no podían satisfacerme.”

Sólo en muy raros instantes se permitía mirar en su corazón, pues su enorme dominio de sí misma le vedaba su propio análisis. Cuando falleció, a una edad avanzada, se escribieron en su tumba estas equívocas e irónicas palabras: “Gobernanta en la casa de Luis el Santo.”

TRIUMPH

Las insuperables máquinas de escribir “Triumph” y coser “Wertheim”, de fama mundial, a nuevos precios. Cintas “ROS”. Reparaciones, piezas de recambio y alquiler de todas las marcas.

CONTADO - PLAZOS

CASA HERNANDO

Avenida Peñalver, 3 MADRID Teléfono 16057

LOS FRESCOS DE ANGEL ZARRAGA

Por EDUARDO AVILÉS RAMÍREZ



El pintor Angel Zárraga. Foto Lefevre, París.

bajé sometido a esa disciplina entre 1913 y 1917, es decir, en la segunda etapa del cubismo... La batalla relampagueaba, se hacían cosas heroicas... Pero vea usted, el cubismo era bueno con tal de fugarse de él pasado algún tiempo. Era una reacción..., en la cual no

Para "Cubad" de mi
Madrid que tanto quiero
y donde tanto aprendí
Angel Zárraga

era posible echar anclas como si se tratara de una bahía o de un puerto definitivo.

—Y usted salió...

—Por la puerta del "sport". Es de 1917 que datan mis telas deportivas. El "sport" me sirvió de reacción anticubista, si es posible expresarse así, ya que el cubismo mismo es una reacción.

Es curioso seguir la parábola de este gran artista. Desde su salida de Méjico hasta su participación en 1905, en la Exposición de Madrid, hay una etapa. Después vienen otros "estados", otros "climas", otras "temperaturas": revisión de los clásicos, de los románticos, de los impresionistas, de los cubistas... Ha llegado a la cristalización actual después de haber sufrido y experimentado cien estados estéticos diferentes. Hoy alcanzó ya la serenidad, una especie de filosofía, de quietismo eterno, de poderosa concreción y desnudez. Sacrificó todos los detalles superfluos, todo el ornamento decorativo en favor de la madurez y de lo eterno simple. La pintura actual de Zárraga—el magnífico y célebre retrato de Eugenio d'Ors es testigo!—me da la impresión de un hombre que, después de llevar una vida algo disipada y sometida a experimentaciones diversas, se fija, al fin, en la contemplación, en la iluminación, en el voluntario sacrificio de lo accesorio para no dejar florecer sino lo primordial. Un hombre, en fin, que ha tocado con sus propias y pecadoras manos el volumen divino de la realidad, flor de verdad cortada en flor.

—En usted se siente—le digo—la fuerza serena y al mismo tiempo vertiginosa del espíritu. Uno queda un poco desconcertado delante de tanta lógica acumulada.

Zárraga no responde. Los ditirambos no parecen interesarle mucho, quizá por escucharlos con frecuencia o por oírlos desde un ángulo especial de su vida de pintor, inaccesible para los demás mortales. ¡Sin embargo, pocas veces en mi vida había sido más sincero!

—Hablemos del fresco, si le parece.

¡Ah sí, el fresco!

Es por él, en verdad, que he venido a verlo hoy. Zárraga acaba de pronunciar una conferencia sensacional sobre el arte de la decoración mural en nuestros días, después de haber llevado a feliz término una encuesta en la primera página del gran diario parisiense "Excelsior".

—En esa encuesta—me explica el gran artista—me limité a preguntar a los maestros de la arquitectura moderna: "¿Cree usted que la arquitectura de nuestra época, ya sea doméstica o pública, acepta la pintura mural?" Por la primera vez un fresquista ponía al pie del muro a los arquitectos más famosos. Respondieron, entre otros, Le Corbusier, Mallet-Stevens, Laprade, Patout, Pacon, Perret, Marrast, Siclis... Es decir, los mariscales del arte arquitectónico contemporáneo de Francia.

—¿Más o menos, todos están de acuerdo?

—Sí, están de acuerdo en que es necesario la colaboración del arte pictórico. Es largo explicarle, naturalmente. Habría que citar a los bizantinos, a los griegos, a los romanos, a los góticos. Habría que hablar de la colaboración del arquitecto, del escultor... De todas maneras, el renacimiento del fresco no puede cumplirse sino con la venia, por no decir con la autorización, del arquitecto. Arquitecto y pintor, por muy divorciados que aparezcan ante el hombre profano, están llamados a colaborar, a realizar una "obra", una complementación de fuerzas, una sinfonía de cemento y pintura.

Angel Zárraga es católico. Una gran fuerza cerebral, un vértigo de disciplinas intelectuales lo han conducido a conclusiones en extremo religiosas. Cuando abandonó el cubismo para buscar el elemento humano, se dió cuenta de que la religión era uno de los caminos reales de la Humanidad. Este camino se tendía delante de él, tentador. Creo que Zárraga ni se dió cuenta del momento en que lo abrazó, abrasándose.

Fué amigo de Renoir, de Bonnard, de Chalupe. Del gran Renoir cuenta una anécdota encantadora:

—Trabajaba yo en su retrato—dice—. Era durante sus últimos años, en el decorado luminoso y tierno de Cannes. De pronto llaman a la puerta: son dos damas americanas, de aquellas que entonces pagaban miles de dólares por tener un retrato hecho por Renoir. El maestro se niega a recibir las. Un poco descontentado, le digo:

—Maestro, el éxito, bajo este aspecto, ¿no le extraña?

—Me extraña tanto—me replicó—como a los cuarenta años me extrañaba no tenerlo...

Las fotografías de los frescos de Guebriant están ahí, sobre su mesa de trabajo. Las tomo en mano para examinarlas. El viejo drama del Gólgota aparece interpretado con nuevas líneas. Una particularidad: el color de las obras de Zárraga es neto, desligado, solitario en medio de la sinfonía. Cada cuadro suyo me da la sensación de una danza de colores "cogidos de la mano", no mezclados. Una túnica es uniformemente azul, un velo uniformemente blanco, un árbol uniformemente verde, otra túnica uniformemente roja, una pelliza uniformemente morada, y así... Y por no sabemos qué milagro, ¡hay, sin embargo, mil rojos, mil blancos, mil verdes, mil morados, mil azules! Cada color guarda su característica, su potencialidad, su virginidad, por decirlo así.

El arquitecto Pol Abraham y el arquitecto Henri Le

(Continúa en la página siguiente.)

Daniel Vázquez Díaz, en España; Diego Rivera, en Méjico; Angel Zárraga, en Francia, están volviendo al fresco su antiguo y riguroso papel de prédica social o religiosa. Pintores de caballete los tres, en la mitad del camino de sus vidas sintieron la necesidad de lo grande, la urgencia del sermón pegado a la pared, el imperio del gran discurso inmóvil y cromático incrustado en esa tribuna o en ese púlpito plano de los muros.

Angel Zárraga es mejicano-español. Llamarse Zárraga, tener un abuelo vasco, haber vivido en su juventud en Toledo y Madrid, y "no haber olvidado la lección" a través de veinticinco años de vida parisiense, es ser típicamente español. A la hora en que vaya a ser catalogada la gloria de este gran pintor. Méjico y España van a entablar pendencia familiar una vez más. Los españoles podrán sacar a cuentas cierta dedicatoria autógrafa que Zárraga escribiera, allá por 1935, para una gran revista madrileña, y en la que confiesa que "ha aprendido tanto en su Madrid, que tanto quiere"...

Pero volvamos a los frescos de Zárraga, de los cuales habla toda Francia.

Hasta hoy ha realizado la decoración mural de la Legación de Méjico en París, de la cripta de una iglesia de Suresnes, de la iglesia de Rethel, de los salones y de las escaleras del castillo de Vertcœur y, recientemente, de la "Maison du Cafe", en la plaza de la Opera, vasta colmena de elegancia enclavada en el corazón de París.

No es eso todo: su verdadero gran triunfo, que es su consagración definitiva como decorador mural, está en la capilla del Sanatorio de Guebriant, en la Alta Saboya, en la cresta nevada de los Alpes, hasta donde llegan centenares de millonarios de todos los rincones de la tierra.

Toda la Prensa del mundo ha comentado estos frescos, desde "La Prensa", de Buenos Aires, hasta los rotativos de Londres; desde los alcances artísticos literarios de Nueva York hasta los periódicos de París, consagrados o no a las bellas artes. Es por eso por lo que una de estas mañanas fuí al "atelier" del gran pintor, dispuesto a charlar con él sobre fresco y pintura, especialmente para los lectores de CIUDAD.

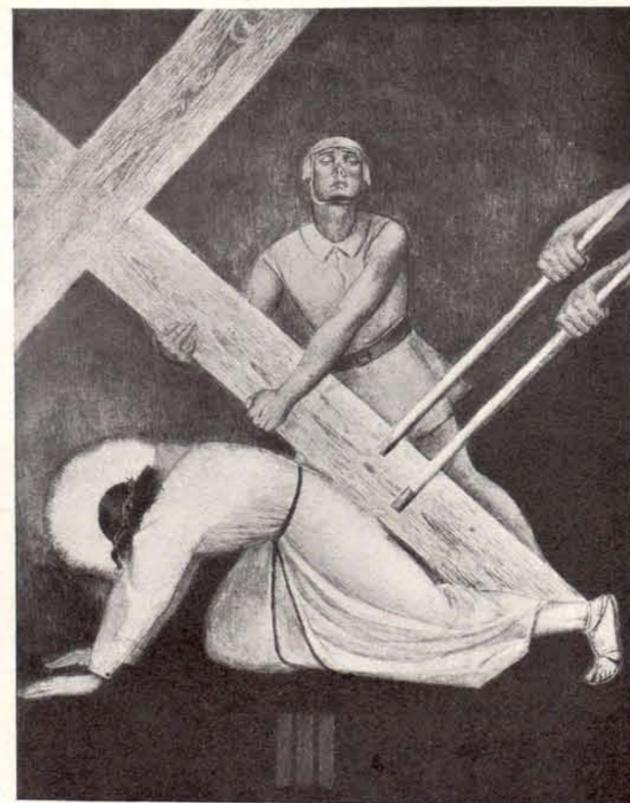
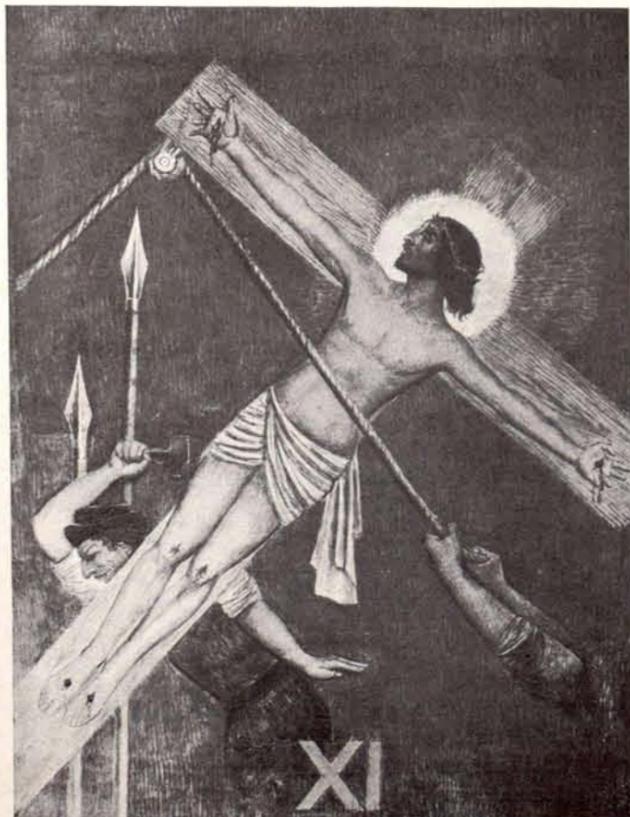
Zárraga es, físicamente, un sorprendente caso de racialidad vasca, a pesar de su mejicanidad. Su "atelier", enfrente casi de la estación de Montparnasse, es un modelo en su género, especie de nave de catedral, en la que vivió algún tiempo Oscar Wilde después de su drama de Reading, y en donde una vieja inglesa reunió mil veces al "tout Paris" en "soirées" literarias, durante las cuales se representaban comedias, misterios y farsas de concentrado sabor intelectual vanguardista.

—Hábleme usted de sus comienzos—le pido—. ¿Se quemó usted las alas en el fuego fatuo de las tendencias, de las escuelas, de los grupos?

—Sí—me responde—, bebí varios filtros; pero de lo único que no me arrepiento es de haber profesado con pasión el cubismo.

Zárraga es el inventor de una frase que ha dado la vuelta al mundo: él fué el primero que habló de "disciplina cubista". Fué eso en los días en que el gran Apollinaire decía, refiriéndose a Zárraga, que éste estaba destinado a ser "el ángel del cubismo".

—Porque—sigue explicándome—no cabe duda que había en el cubismo una disciplina enérgica. Yo tra-



Meme alaron el Sanatorio de Guebriant. Es una gran obra, moderna por los cuatro costados. La decoración mural sigue y completa, por espíritu de adaptación, el dibujo de los planos, la curva de las elípticas, los muros desnudos. Mi teoría de que arquitecto y pintor deben realizar una sola obra quedó en Guebriant plenamente probada. Es necesario trabajar en este sentido y convencer a los propietarios del futuro de que hay que contar con el que realiza la decoración mural como se cuenta con el que talla la piedra o instala la cañería o la luz eléctrica. La arquitectura moderna es bastante desnuda: el fresco la "vestirá", la humanizará

Por momentos Zárraga es poeta, por momentos es crítico, es filósofo, es sacerdote de teorías estéticas. Su charla siempre está animada por electrones de inteligencia que trazan signos vertiginosos en el aire. Los hombres excesivamente cultos, como Zárraga, maduros de experiencias estéticas, nos dejan la sensación de magos, de seres que descubrieron secretos eternos y fórmulas divinas, las cuales aplican y manejan sin piedad en el universo poblado por "hombres-más-omenos".

Pero, sobre todo, Zárraga es católico y apura los misticismos de la religión y del arte, dos fuerzas que en él se completan y se fusionan, dos elementos que producen el cociente-Zárraga.

—Después de un exquisito pecador como Oscar Wilde—le digo—, usted ha venido a ocupar este gran "atelier", a purificarlo, a poblarlo de visiones bíblicas.

—Wilde era místico a su manera—me corrige.

Y ya entonces no es el pintor el que habla, sino el filósofo. Los electrones siguen trazando signos en el aire...

Fotos Chesneau, París.



LAS LETRAS Y SU MUNDO

Don Quijote en Francia y en España

Por MIGUEL PEREZ FERRERO

Las revistas francesas hacen el anuncio reputando el acontecimiento como el de mayor trascendencia literaria del año. Y, por una vez, podemos decir, desde aquí, nosotros, que la publicidad responde a la realidad exactamente.

Don Quijote y Sancho vuelven a las monturas de Rocinante y Rucio para correr la verde, tierna y siempre dulce, dulcísima Francia.

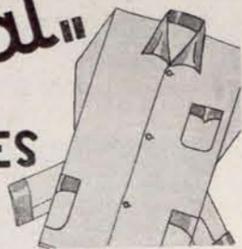
¿Se hallaba olvidado el ingenioso hidalgo? ¿Otros héroes literarios lograron la primacía sobre él? Es bien difícil, en los grandes planos de la literatura universal, establecer jerarquías, y hemos de cuidarnos de no hacerlo. Pero—ya lo decimos—sin tal pretensión hemos de considerar en la obra de Cervantes no sólo una muestra de lo que es la cumbre literaria, sino el punto de partida de todo un género: la novela.

No; de seguro que Don Quijote no estaba olvidado en Francia, y buena prueba de ello es la empresa



CAMISERIA

"Samaral"
NOVEDADES
C. Peñalver, 16 MADRID



que ahora se acomete: Francis de Miomandre, gran enamorado de nuestras letras, clásicas y modernas, gran propulsor de todo lo español, acaba de traducir el "Quijote" ateniéndose a la edición crítica del señor Rodríguez Marín. En la elección del traductor se revela, ante todo, su conocimiento profundo, que le ha llevado a elegir entre las ediciones existentes la adecuada para hacer de su empeño una considerable realización. Con ello consigue el escritor francés ofrecer al gran público la genial concepción de Cervantes; el trabajo del señor Rodríguez Marín, mediante el cual el texto queda restablecido en toda la pureza de su origen: el suyo propio, que será bien diferente del de las otras traducciones, en las que se repiten los errores y contrasentidos... Además..., sí, además hay algo que también logra el señor Miomandre, según los que conocen su traducción, y ello es que con la exactitud más escrupulosa presenta el ritmo acertado, la cadencia apropiada de las frases, y sabe conservar en su fiel interpretación la libertad de lenguaje—difícil libertad—, que es suprema maestría en el original cervantino.

De cinco volúmenes—nos dicen—constará la obra, cuya edición constituirá, como puede apreciarse, una verdadera edición monumental. Facsimiles y dibujos ilustrarán el trabajo del señor Miomandre, que acaba de captarse, una vez más, el agradecimiento de España por la prueba de amor—aquí sí que puede escribirse la palabra—por sus letras.

Una biografía de Cervantes figurará en el primer tomo. Una biografía escrita por Mariano Tomás. ¿Acaso la publicada recientemente en castellano por el escritor? Sólo en este punto se nos ocurre la objeción, sin querer menoscabar el trabajo del señor Tomás. ¿Para empresa de tal envergadura no hubiere sido lo más acertado sustituir la biografía trazada por Mariano Tomás por esa otra gran biografía que constituye lo que del cautivo de Argel nos dejó escrito D. Martín Fernández de Navarrete?

Todo el espíritu, el genio... Toda la vida, pasión y muerte de Cervantes se halla en ese magnífico libro... En él se percibe, mejor que ningún otro, cómo Cervantes, al final de su vida, comprende la trascendencia de su propia obra y ve claramente cómo sus héroes están destinados a la inmortalidad.

Sin embargo, pese a la objeción que acabamos de hacer, el esfuerzo de Miomandre es uno de los más nobles de que pueda enorgullecerse un escritor. ¡Lanzar nuevamente a Don Quijote y a Sancho por los caminos de Francia! Y ahora que nuevamente recorren los de España. ¡También otra vez los de España! Porque aquí también existe un espíritu esforzado, una voluntad enamorada y firme: José Ruiz Castillo, ese hombre atento a las inquietudes de nuestro tiempo—de actualidad palpitante es siempre Don Quijote—acaba de ofrecer al público una primorosa, insuperable edición facsimil del libro universal; una edición facsimil completa (1605-1615), con unas breves líneas de orientación y comentarios que se deben a la pluma de D. Miguel Artigas.

Así hoy, con doble alegría, podemos reseñar el doble acontecimiento: ¡Don Quijote en los caminos de Francia... y en los de España! Con la dignidad, el respeto, el fervor que los inmortales—los inmortales supremos—requieren para su trato.

ESCAPARATE

"Ha llovido un dedito"

Acertado el título y acertado el libro. A Luis de Tapia Bolívar le conocíamos por sus crónicas. Ágiles, resueltas, frescas, no con la frescura—que la palabra se presta a maliciosas interpretaciones—, sino con el frescor de la juventud.

Unas veces el sutil humor; otras la fina sensibilidad a flor de páginas, que le llegan hondo al lector.

Es un escritor—hijo de escritor—que irá lejos, porque comenzó enseguida a caminar con seguro paso. Sólidamente preparado, Luis de Tapia Bolívar no se esfuerza en mostrar su preparación, sino que se limita a presentar los resultados de la misma, que son excelentes. Luis de Tapia Bolívar, con "Ha llovido un dedito", presenta toda una personalidad autóctona de escritor muy interesante.

"Bajo la luna nueva"

Guillén Salaya se nos reveló hace tiempo como un hombre inquieto. Le hemos visto pasear su inquietud por organizaciones políticas de matiz diverso, y le hemos visto, siempre con el mismo tesón, luchar por su producción literaria. Creemos, respecto a Guillén Salaya, que su temperamento literario domina incluso a su temperamento de hombre de acción.

Hoy es una nueva obra, "Bajo la luna nueva", la que nos ofrece. Una obra de ambición social que no excluye, porque está sobre ella misma la ambición literaria.

Una prosa vibrante esmalta el libro, esa prosa que es la misma expresión que brota de siempre natural, espontánea, en la cotidiana palabra de su autor.

REVISTAS

"Cruz y raya"

Publica en su número 21 los siguientes originales: "Un filósofo de la problematicidad", por Francisco Romero. "Racionalismo del arte dramático de Calderón", por José María de Cossío. "Lucrecia" (versión y nota de Leopoldo Eulogio Palacios). "Crítica y milagro", por Rafael Sánchez Mazas. "La quimera del oro", por J. Imar. "La hora de todos", por A. Morón. "Reflexiones sobre el uso de las palabras nuevas en la lengua castellana", por José Reynoso, con una introducción de Miguel Artigas.

"Tierra firme"

Así se titula la nueva revista que dirige D. E. Díez-Canedo. Viene nutrida de interesantes originales, entre los que se destacan trabajos de Aménzo Castro, Gonzalo R. Lafora, J. Huizinga, Mannheim y Nagemann. Inserta, asimismo, trabajos de investigación de Rosemblat y Estudios documentales sobre Spinoza y Nietzsche. Completan el número notas de Pittaluga, Pérez Serrano, Conde, Carande, Tovar, etc.

"Ciprés"

Será una revista trimestral. Justamente aparecerá con cada estación. La tertulia del "Ciprés", de Burgos, es la editora. Poesía, prosa, crónica, documentos (en cuanto al material literario), y dibujos y fotografías de interés (en cuanto a la aportación gráfica) formarán la interesantísima publicación que se nos promete.

"Homenajes a los artistas perdidos, volantes por el cielo del olvido" adquirirán en suplemento que acompañará a la revista, la resonancia que merecen en prueba del esfuerzo loable que éstos suponen.

A los iniciadores de la publicación vayan los mejores alientos.

"Letra"

Es una revista que merece aplauso. Un grupo de jóvenes la mantienen con toda dignidad y decoro literarios. Especialmente el notable escritor Villegas, cuyo nombre debe destacarse al frente de la publicación.

LISTIN DE LIBROS

"Isaac Peral" (biografía), por Dionisio Pérez. Edición "Los hombres de nuestra raza". "Maiquez", por Joaquín Belda; "Ramón y Cajal", por César Juarros (en las mismas ediciones).

"Coctel de verdad", por José Ferrater Mora. "Peu Colección."

"La última niebla", por María Luisa Bombal. Buenos Aires.

"El aviso de escarmentados del año que acaba y Escarmiento de avisados para el que empieza de 1935." "Cruz y Raya", Madrid.

"Séneca", por Francisco Vera. "Elipando y San Beato de Liébana", por Federico Carlos Sáinz de Robles. Manuel Aguilar, editor de ambos libros.

"Voz y cuerda" (poesías), por Alvaro Arauz. Edición "Plutarco".

"P. A. N.", Revista Epistolar y de Ensayos

Director: S. O. Espasandín

Hemos recibido los tres números de esta revista, que van publicados hasta la fecha. Pulcritud de textos y selección rigurosa de temas. Firman Fernández Mazas, Eduardo y Rafael Dieste, Gerineldos Delamar, Doctor Syntax... y, ocasionalmente, colaboradores de reconocido mérito. Se define como "una revista de libre expresión literaria en esta hora de congojas y angosturas de nuestras letras".

Le deseamos próspera vida y que su heroico intento, en esta hora de estupidez y de falsificación, sea bien compartido y adecuadamente auxiliado.



El amor de Herminia, mi amante

Por FELIPE MORALES ROLLAN

ESPECIAL PARA «CIUDAD»

ILUSTRACION DE HORTELANO

Bernardino Costa soy yo. Costa fué también mi padre, de las tierras y de las aguas de Portugal. Y ahora, cuando me encuentro encerrado en mi cuarto de estudio; cuando un dolor sutil me quiebra la cabeza y se escapan de mis ojos las letras del libro que hojeo, sé positivamente que alguien me encañona, a mis espaldas, con una pistola breve, plateada, de cinco cápsulas de repetición.

No me muevo. Ni siquiera el puño blanco de la camisa denota agitación ni nervosismo. En cambio, me gusta recordar en esta ocasión que sólo cuento treinta y cinco años y que en el bolsillo derecho de mi chaleco duermen el sueño de mi fortuna 128 pesetas y un retrato de mujer.

En el espejo ovalado, donde tantas veces me afeitara, veo, sin variar mi postura, el cuerpo flexible de Herminia. Viste túnica de seda blanca, que ella gusta de llamar "salto de cama y huida de la pereza". Herminia es inteligente, buena, muy amante y cariñosa. Su pelo es negro, corto, apretado, brillante. Sus manos, nerviosas y finas, como las aletas de su nariz correcta. Y encuentro una rara semejanza entre sus ojos y los rincones sin luz de las estaciones internacionales.

Le digo:

—¡Por Dios, Herminia! ¿Otra vez?

Juraría que iba a disparar sin contención:

—La última.

—¡Cómo te gusta hacerme sufrir! En dos días, escasos de horas, has querido matarme dieciséis veces. ¿No te duele ya la conciencia y el cañón de la browning? Yo no recuerdo haber dado motivo a una cólera tan sistemática.

Porque Herminia es muy nerviosa. Se incomodaba—en nuestro último viaje a Egipto—por la tardanza de un expreso o los "baches" del trimotor. Las olas verdes del mar la cansan. Le produce jaquecas el olor de la gasolina y el latido del cuentakilómetros. No usa pijamas. No fuma, no bebe. Las medias de seda no las soporta. Le hacen sufrir

las fajas de goma y los sostenes. Aborrece los relojes. Le dan miedo los brillantes y los tacones altos de sus zapatos. Sólo ama con exceso la blancura de los dientes, su pistola automática y la pequeña colección de Edgar Wallace que yo mandé encuadernar para ella en tafíete rojo.

—Eres insoportable—me dice, y yo sé que sufre por mí.

Me levanto. Soy apenas dos centímetros más alto que ella. Bien es verdad que mi peinado—leontina portuguesa—ahueca, con rizos y ondas, el total de mi estatura.

—Herminia, compréndeme. Quiero que hoy hablemos el uno para el otro. Deja ya tu amenaza plateada, te lo ruego. Te debo una explicación de nuestro amor.

Ella abandona el arma sobre la mesa. Queda, brillando en el sol, exactamente entre *La decadencia de Occidente*, de Spengler, a quien me he empeñado en leer, y la ceniza de un cigarrillo.

—Quiero saber la causa de tu ausencia—me dice—. Sé que te ocurre algo que no tienes la valentía de decirme. No, no; es inútil que te sonrías. Si no fuera bastante, aquí tienes una prueba: hace tres días que no duermes conmigo.

Y me alarga, acusadora y tristes, unas rosas mustias, arrancadas del vaso de su mesita de noche.

Es verdad. Tres días que no renuevo esas flores al besar la frente de Herminia como prólogo a nuestro amor. Fué éste el convenio más silencioso de dos amantes. Sin decirnos nunca nada yo le ofrecía flores blancas, en la conmemoración cotidiana del robo de su flor única.

—Ya te has cansado. No mentías mucho al decir que las mujeres y el vino son cosas para saborear antes de que el sol de un día se ponga.

Sigue hablando. Sus palabras caen en el vacío. Yo no puedo escucharlas, lo aseguro. Un leve desvanecimiento me ha obligado a apoyarme para no caer. No debe ser miedo. En Milán resistí, sin pestañeo, la mirada teatral de Benito Mussolini. Herminia no tiene la capacidad magnética del

"duce" técnico, agrícola, dramático. En cuanto a la pistola, en las plazas de mi Lisboa cautiva he corrido, montado en gritos subversivos, sombreado por los rifles de la guardia portuguesa. En Francia fuí "camelot" ocasional de la plaza de la Concordia; en Londres, detractor de Ramsay Mac Donald, y ante la Cibeles y ante San Carlos grité, enemigo de la conculcación constitucional del año 23. Yo no puedo tener miedo.

Mis disposiciones sensoriales han quedado, sin embargo, abatidas. Es que pienso en nuestra breve unión y maridaje. Conocí a Herminia como conociera Charles Chaplin a su amada ciega en *Luces de la Ciudad*. Vendedora de flores, muñeca pegada a la arista de una esquina, de voz rota, ofreciendo al transeúnte su modesto jardín descabezado. Yo solía pasar por allí. Un día la miré. Al siguiente, la sonreí. Al tercer día, ella se enlazó en mi gabán y dijo cuánto me quería. Quedó abandonada mi actividad de frustrado político. Fueron desvaneciéndose en los estantes las teorías de Rousseau, Kelsen, Montesquieu y tantos otros. Los federalistas, tan amados, pasaron a ocupar en mis desvelos un plano oscuro. Murió mi estímulo profesional, y quien lo asesinó fué ella.

Después, una guirnalda de besos y frases, la laxitud del cuerpo y del alma, flores bravas tras los cristales y el suave temblor de los labios, captando besos.

Frente a mi despacho, el almanaque perdió exactamente sesenta y dos días de peso.

Y ahora ya, señor, ahora ya, no puedo quererla. Lo sabe, y nunca abandona su pistola breve, plateada, con sus cinco cápsulas de repetición.

Vuelve a sonar su voz:

—...y como nunca podré vivir sin ti, decidiré mi suerte.

Levanto la cabeza. Herminia ha abierto la ventana y mira hacia la calle. Una palidez definitiva se ha comido el color de sus mejillas. El carmín de los labios es ahora un morado cardenalicio. El viento le azota el cabello. Fracaso sublime de Coty y Houbigant.

—Busco el suicidio. Me falta valor para matarte; pero moriré yo.

Tengo voz, y le digo:

—Piensa, Herminia, que, si te arrojas, ya nunca más podrás arrepentirte. Vivimos en el cuarto piso: trece metros.

A pesar de ello, sube al nivel y da comienzo una terrible batalla de viento y seda. El sillón en que me siento se ha llenado de lujuria. Veo a Herminia bajar indignada. Creo que me dice que no se suicidará jamás mientras haya agentes burlones que espíen muslos desde las esquinas. Sólo sé que jamás vi a Herminia tan bella y deseada como en su esguince magnífico ante el viento y el precipicio.

Su decisión para morir era, al parecer, firme. Sucesivamente pensó en los fósforos, en el veronal, en el horno de la calefacción, en el río, en el "Metro", y yo—¡qué estúpido!—la veía ir y venir por la habitación mientras recordaba un pasaje de *La Atlántida*, de Pierre Benoit.

—¡Cruel, mal hombre, dañino!

Este último insulto coincidió con el repiqueteo metálico del timbre eléctrico. Y no pude pensar en lo extravagante del concepto por la entrada violenta de Agustín de Anasagástegui, marino y explorador.

Agustín es viejo. Quizá pase de los cincuenta años. Calvo, rojo y caballero de la Orden de Malta. Le adorna un humor delicioso, y mataría una gacela a dos pasos de distancia: tal es su astucia. Entra, me saluda y se excusa ante mi Herminia de su traje blanco en época tan variable. Ella le mira, me sonríe, le vuelve a mirar y enlazando con brusquedad histérica el brazo de Agustín de Anasagástegui le arrastra hacia la escalera. Se han ido. Me han abandonado.

Y no intento siquiera llorar la traición. En la escalera, allá abajo, quizá en la portería, resuena una risotada franca y popular sorprendida por la doble fuga blanca y extravagante. Supuse que montarían en un "taxi": comenzaba a llover.

Ahora me he sobresaltado. Agustín de Anasagástegui, explorador y marino, debía entrevistarse conmigo para ultimar la fecha de una conspiración. Sí, exacto, rigurosamente cierto. El debía llevar mis declaraciones al seno de la conspiración. Santo y seña. Ya nunca más podré ser ministro. Mi revolución ha fracasado en un hechizo de mujer.

Rompo mis papeles. Me desligo del mundo y de mi corbata. Saboreo un té bien caliente y leo en mi pensamiento esta interrogación fría: "¿Herminia espía?"

Bien. Pudiera ser. Pero ya ahora puedo afirmar que jamás amé a aquella mujer. No hay, pues, novela romántica.

Me dispongo a dormir. Y aun me trazo un problema que me propongo resolver mañana. ¿Estaré tan aburrido! ¿Por qué lo mejor de una mujer es el perfume que nos deja después de haberse ido para siempre jamás amén?

Cierro los párpados. Ya he perdonado a los dos. Y serenamente, voy entrando en las túnicas suaves del sueño. Olvidaré también aquel abrazo de Agustín—explorador y conjurado—, durante el cual me arrebató las 128 pesetas, que eran la razón de mi fortuna.